

# **“Diálogo entre la moda y la muerte”**

## **Los Ensayos Morales de Giacomo Leopardi (1824)**

Moda: ¡Señora Muerte, señora Muerte!

Muerte: Espera hasta que el tiempo madure y vendré por ti, sin que me llames.

Moda: ¡Señora Muerte!

Muerte: Vete al diablo. Vendré cuando no me quieras.

Moda: ¡Como si no fuera yo inmortal!

Muerte: ¿Inmortal? “Ya ha pasado el milésimo año” desde los tiempos de los inmortales.

Moda: Entonces la señora puede citar a Petrarca como un poeta italiano del siglo dieciséis o diecinueve.

Muerte: Me gustan los poemas de Petrarca porque entre ellos encuentro mi Triunfo y porque casi todos ellos hablan de mí. En todo caso, estoy fuera contigo.

Moda: Vamos, por el amor que le tienes a los Siete Pecados Capitales, quédate quieta por un segundo y mírame.

Muerte: ¿A ver? Estoy viendo.

Moda: ¿No me reconoces?

Muerte: Deberías saber que soy miope y no puedo usar lentes porque los ingleses no hacen unos que me queden y, aun si los hicieran, no tengo una nariz para sostenerlos.

Moda: Soy Moda, tu hermana.

Muerte: ¿Mi hermana?

Moda: Sí, ¿acaso no recuerdas que ambas somos hijas de la Decadencia?

Muerte: ¿Qué esperas que recuerde, si soy el enemigo mortal de la memoria?

Moda: Pero si yo lo recuerdo perfectamente; y sé que las dos buscamos continuamente destruir y cambiar todas las cosas aquí abajo, aunque tú lo hagas por un camino y yo por el otro.

Muerte: Si no estás hablando contigo misma o con alguien que está debajo de tu garganta, por favor alza tu voz y escupe las palabras más claramente; porque si sigues susurrándome entre los dientes y con esa voz de telaraña, tal vez te entenderé mañana porque, por si no lo sabías, mi oído no es mucho mejor que mi vista.

Moda: Aunque sea contrario a los buenos modales, y en Francia no se acostumbre hablar para ser oído, viendo que somos hermanas y entre nosotras podemos comportarnos sin tanta formalidad, te hablaré como deseas. Estaba diciendo que nuestra naturaleza común y nuestra costumbre es cambiar el mundo continuamente, aunque tú desde el comienzo vayas por la gente y la sangre, mientras que yo me contento principalmente con las barbas, los peinados, la ropa, los muebles, las casas finas y similares. Pero en efecto no he fallado, y no fallo, en hacer algunos trucos que podrían compararse con los tuyos, como por ejemplo perforar orejas, bocas y narices, y rasgarlos con las chucherías que cuelgo en los huecos; chamuscar la superficie de los hombres con hierros al rojo vivo para marcarse a sí mismos por el bien de la belleza; deformar las cabezas de los niños con bandas y otros artilugios, convirtiendo en regla que todas las personas de un país tengan la misma forma de cabeza, como he hecho en América y Asia; lisiar a la gente con botas estrechas; estrangular su respiración y hacer que sus ojos se salgan con el uso de corsés apretados; y un centenar de otras cosas del estilo. En efecto, generalmente hablando, persuado y obligo a todas las personas civilizadas a conformarse todos los días con miles de dificultades y miles de incomodidades, usualmente con dolor y agonía, e incluso persuado y obligo a algunos a morir gloriosamente, por el amor que me tienen. No quiero ni mencionar los dolores de cabeza, la gripa, las inflamaciones de todo tipo, el cotidiano temblor del frío o el sofoco de calor acorde a mis deseos, cubriendo sus manos con telas de lana y sus pechos con lino, y haciendo todo a mi manera, así para ellos sea dañino.

Muerte: Después de todo, creo que sí eres mi hermana, y verdaderamente más que la muerte misma, sin que me tengas que mostrar el registro parroquial. Parada tan quieta, estoy lista para desmayarme; así que si quieres correr conmigo, ten cuidado de no llenar tus pulmones, porque me muevo bastante rápido; y mientras corremos me puedes contar qué es lo que quieres; de lo contrario, y en vista de nuestra relación familiar, prometo que, cuando me muera, te dejaré todas mis cosas y la mejor de las suertes.

Moda: Si tuviéramos que hacer una carrera hacia el Palio, no sabría cuál de las dos ganaría porque, si tú corres, yo voy algo más rápido que un galope; y si te quedas quieta, si te hace desmayar, te digo que es mi ruina. Así que corramos juntas y, como sugieres, hablaremos de nuestros asuntos en el camino.

Muerte: Ya es hora, también. Como naciste del cuerpo de mi madre, sería justo y propio que me ayudaras con mis asuntos.

Moda: Ya lo he hecho en el pasado, más de lo que te imaginas. En primer lugar, yo, que continuamente anulo y distorsiono todas las demás costumbres, nunca he permitido que la muerte deje de usarse y podrás ver que por esto es que se mantiene universalmente hasta ahora desde el comienzo de los tiempos.

Muerte: ¡Perfecto que no hayas hecho lo que igualmente no hubieras podido hacer!

Moda: ¿Por qué no? Sólo muestras que no conoces el poder de la Moda.

Muerte: Muy bien: podemos discutir cuándo esté de moda no morir. Pero, mientras tanto, apreciaría si, como buena hermana, me ayudaras a lograr lo contrario más rápida y fácilmente de lo que lo he hecho hasta ahora.

Moda: Ya te he hablado de algunos de mis actos de los que tanto te beneficias. Pero son minucias a comparación de lo que te voy a decir ahora. Poco a poco, pero sobretodo en tiempos recientes, te he asistido al consignar al desuso y el olvido esas labores y ejercicios que hacen bien al cuerpo, y he introducido o traído a la estima innumerables otros que dañan el cuerpo en miles de formas y acortan la vida. Aparte de esto he traído al mundo regulaciones y costumbres que la vida misma, con respecto al cuerpo y el alma, está más muerta que viva; de modo que con verdad perfecta esta centuria podría llamarse el siglo de la Muerte. Y si en tiempos antiguos no tenías tierras de cultivo sino tumbas y cavernas, en donde en la oscuridad cosías huesos y polvo, semillas que no dan fruto, ahora tienes fincas bajo el sol; y las personas que se mueven y van al son de sus pies son, por decirlo así, de tu propiedad y están a tu disposición desde el momento en que nacen, aunque tú no los hayas cosechado. Además, aunque en el pasado hayas sido odiada y profanada, las cosas con mis esfuerzos han pasado de modo que cualquiera con algo de inteligencia te premia y alaba, prefiriéndote a la vida, y es tan devoto de ti que te invoca constantemente y te ve como la esperanza más grande. Finalmente, como vi que tantas personas se habían limpiado con el deseo de ser inmortales, es decir, de no morir completamente, pues una buena parte de sus seres no caería en tus manos; sabiendo que esto no era más que un disparate, y que cuando los otros vivían en las memorias de los hombres, ellos vivían, por decirlo así, una burla, y no disfrutaban su fama más de lo que sufrían por la humedad de sus tumbas; en cualquier caso, cayendo en cuenta de que este asunto de los inmortales era una espina en tu carne, porque parecía desvirtuar tu honor y reputación, he removido esta costumbre de buscar la inmortalidad e, incluso, aquella de otorgarla en los casos en que es realmente merecida. El resultado es que ahora, si alguien se muere, puedes estar seguro de que no queda ni una borona de él que no esté muerta y que lo mejor que podría hacer es ir bajo tierra de una vez y en una sola pieza, como un espadín tragado de un solo bocado, cabeza, escamas y todo. Estas cosas, que no son pocas ni insignificantes, las he hecho hasta ahora por tu bien, con la visión de mejorar tu prestigio en la tierra, como lo he logrado. Y con este fin estoy preparada para hacer más cada día; con esta la intención vine a buscarte; y me parece correcto que nunca nos separemos, porque si estamos siempre juntas podremos consultarnos la una a la otra de acuerdo con las circunstancias y tomar decisiones mejores que de lo contrario, además de ponerlas en efecto de mejor forma.

Muerte: Es verdad, así que hagamos como dices.

\*\*\*

Este artículo es una traducción del capítulo “‘The Dialogue Between Fashion and Death’ from The Moral Essays (1824). Giacomo Leopardi” en *The Rise of Fashion: A Reader*, editado por Daniel Leonhard Purdy (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2004), pp. 206–209.